

RevM 509
1

EL ESTVDANTE



NVM. 11

25 CT.



SUMARIO

EDITORIAL.....	Realidades y utopias.
MARIA LUISA DORADO.....	Un año en Bryn Maur College.
CASTO PRIETO CARRASCO.....	La Universidad española.
L. R... ..	Los estudiantes chilenos.
D. RAMON DEL VALLE-INCLAN.	Tirano Banderas, novela, (continuación).
JULIO ANTONIO MELLA.....	Saludo de la Nueva Generación Cubana a la Nueva Generación Española.
JOSE A. G. SANTELICES.....	Ante un eterno tema. El último estudiante.
JON OLIMPIU STEFANOVICI.....	La juventud escolar de Rumanía. Un saludo fraternal.
ESTEBAN SALAZAR Y CHAPELA.	Hogar. Verso.
GAUDEAMUS!.....	Unos juegos florales tomistas.

Viñetas y dibujos en linoleum de JULIO NUÑEZ.

SUSCRIPCIÓN: 3 Pts. TRIMESTRE.
12 Pts. AÑO.

REDACCIÓN: DR. RIESCO, 58, TRIPDº. (JARDIN).—SALAMANCA
APARTADO DE CORREOS, NÚM. 101.

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.

SALAMANCA.

JULIO 1925 / NÚM. 11.

REALIDADES Y UTOPIAS

ENTRE los conceptos más necesitados de una nueva valoración social entre nosotros, entre los más degradados y adulterados de nuestro mundo de las ideas, están estos dos, cardinales, de lo «utópico» y lo «real». Y acaso no habrá otra pareja de nociones en que se refleje de modo más angustioso y trágico, la postración de nuestro espíritu colectivo. Depurarlas y aquilatarlas debidamente es trámite necesario para toda empresa de acción ideal, de renovación.

A todas horas estamos oyendo, y la palabra silbante de sirena ha llegado también desde el primer instante a la nave de nuestra odisea, que el aspirar a un cambio de cosas en el viejo mundo estudiantil y universitario, es una «utopía»; que es una «utopía» pretender reencender el fuego de vida en estos hogares apagados bajo las cenizas de la muerte; que es un «sueño utópico» nuestra Universidad nueva, como lo es nuestro estudiante apasionado por los grandes ideales de Humanidad y de Justicia. Y aparejado con este grito desdeñoso, viene la llamada clarividente, seria y sensata, a la «realidad». «¡Despierta, poeta, despierta». Y se nos dice que contemplemos serenamente la «realidad», que no cerremos los ojos a ella; que hay que plegarse a la «realidad», allanarse a la «realidad», amoldarse a las «circunstancias».

Es que hemos venido tan a menos en este pobre mundo de nuestra falsa juventud, que todo lo ideal, todo lo noble se reduce a la categoría tópica de lo «utópico» y se sella burlescamente como «utopía» cuanto signifique ansia de superación y ennoblecimiento. A la vez que todo lo innoble, todo lo bajo, todo lo ruin, se identifica con el concepto de la «realidad», del que tantos han hecho manto filosófico de sus indignidades. Cuando, por ejemplo, los directores socialistas de hoy hablan de la «realidad» y de los imperativos de la «realidad», ya sabemos toda la trama de combinaciones que bajo ese dictado se recatan. Las mismas combinaciones terrenas y de tierra que la clerecía disfraza bajo las nubes de la eterna gloria. Un concepto de la «realidad» harto diferente del que tenía el hombre grande y puro que proclamó el materialismo histórico sin dejar de hacer de toda su vida, unida

por el sacrificio, una lucha afanosa de ideal por un régimen social mejor.

Y es que hay, para quienes no tengan ese concepto innoble y envilecedor de la «realidad», una realidad interior hecha de afanes, aspiraciones e ideales, que es también vida y acaso la única verdadera. Esta realidad, fermento de lucha y de inquietud, es la nuestra; realidad de espíritu que distingue al hombre de las cosas.

Ni nos aterra tampoco la palabra «utopía» con que los necios quieren asaetear nuestras naves. El utopista busca refugio en su espíritu frente a las miserias de fuera y del momento, y cuando el mundo exterior, envilecido y encanallado hace un tormento de la vida en él, sabe construirse una ciudad ideal, quimérica, de que es a la vez dios creador, legislador y juez. Mientras los más espigan gregariamente, a ras de tierra, esa «realidad», le es a uno grata la compañía de Platón, de San Agustín, de Tomás Moro y de Campanella.

Pero no es un Estado nuevo, puro de toda mácula de injusticia, quimérico y utópico, el que nosotros proclamamos. Las nuestras son aspiraciones tangibles, asequibles, por cuya inmediata realización hemos de laborar.

No nos basta replegarnos en la cámara recoleta de nuestro espíritu para musitar allí oraciones por una deidad, o un paraíso remoto e inalcanzable.

Nosotros queremos que nuestra generación y nuestra hora sean la generación y la hora de la acción. Queremos vivir en la realidad y de ella. Pero de una realidad forjada por nosotros, que podamos llamar nuestra, una realidad que sea carne de nuestros ideales y no ese conjunto de vilezas, infamias y mentiras que los esclavos de hoy llaman «realidad».



Un año en Bryn Mawr College.

SUCESIVAMENTE, en pocas líneas, quiero ofrecer a los estudiantes algunos rasgos de la vida universitaria americana.

Para el que no la conozca, estas notas, recogidas día tras día durante un curso en la Universidad femenina de Bryn Mawr, quizá puedan tener algún interés. No pretenden descubrir nada ni están hechas en tono de alabanza o censura.

Son impresiones del momento, que si bien son sinceras, pueden en cambio adolecer de todos los defectos inherentes a la precipitación en el juicio. Hoy, al cabo de algunos años que fueron tomadas, no se debe ver en ellas más que una buena voluntad. Que sea ella la que me salve.

LA UNIVERSIDAD

La primera impresión fué de asombro. Confieso que la multitud de datos, croquis, noticias y fotografías que yo me había procurado acerca de las Universidades americanas en general y de mi futura residencia en particular, no fueron suficientes para borrar de mi espíritu una Universidad a imagen y semejanza de las nuestras. Por eso, al verme de repente en una inmensa pradera sombreada por corpulentos árboles, en medio de la cual se levantaban aquí y allá airosos edificios, cubiertos de hiedra, aseguro que me parecía que la Universidad no podía ser aquéllo. Pesaban en mí muchos siglos de tradición y varios años de carrera en aulas incómodas, oscuras e inhospitalarias, para que al verme tan cerca de la naturaleza no sintiera que la ciencia no había que buscarla solamente en las hojas amarillas de los libros, sino que se hallaba en todas partes; que ciencia y vida, naturaleza e historia, habían de ir estrechamente unidas.

Sin la grandeza y amplitud de los grandes Colleges (por ejemplo Smith con 2.000 alumnas), Bryn Mawr, con sus 450 plazas limitadas de estudiantes, ofrece un aspecto aristocrático y señorial. Los *halls* de Residencia bordean todo el «campus». Los laboratorios de Física, Química e Historia Natural se enseñorean de un edificio macizo, sólido y amplio, Dalton Hall; más lejos, el Gimnasio; en el centro, Taylor Hall, destinado a clases, eleva su puntiaguda torrecita donde el reloj va marcando las horas del College; y dominándolo todo, con sus ventanales góticos de imitación, se levanta la Biblioteca, donde miles de volúmenes, revistas y modernas publicacio-

nes se ofrecen a la curiosidad de los estudiantes y en cuyos claustros, en los atardeceres serenos de octubre, mientras hojeamos algún libro que quizá nos recuerda la patria lejana, nos sentimos sorprendidos por un canto de invocación que voces juveniles elevan a Palas Atenea, diosa de la sabiduría, en la lengua del divino Platón.

Varios son los edificios destinados a Residencias y en ellas viven todas las alumnas. La Universidad ofrece alimento para el cuerpo y para el espíritu. El *Alma mater* quiere que aquéllos a quienes ella alimenta (los alumnos en el sentido más noble y elevado de la palabra) vivan con ella. Es un pueblo lo que forman esas 450 almas agrupadas, como en toda sociedad, por afinidades diversas. Existen, por una parte, en orden a los estudios, los dos grupos fundamentales: graduadas y no graduadas y entre estas últimas, las que cursan cada uno de los cuatro años de que consta el bachillerato americano: las de primer año *Freshmen*; de segundo *Sophomores*; de tercero *Juniors*; de cuarto *Seniors*. Por otra parte agrupaciones deportivas: *tennis*, *hockey*, *water polo*, etc; agrupaciones de lenguaje: clubs inglés, francés, español, italiano, etc. Sociedades dramáticas. Pero sobre todo, más coherentes que las agrupaciones oficiales, por llamarlas de alguna manera, están estas otras uniones espirituales de persona a persona; de amiga a amiga; de vecindad, simpatía, de pequeños círculos sociales. La vida es así una vida social plena, completa, espiritualmente elevada.

La bondad del ambiente llena el espíritu de sano optimismo. La característica del estudiante americano es la alegría sana y, si se quiere, infantil, pero la alegría con todos los beneficios que de ella se derivan. Y lejos, muy lejos de esa vida, lejos de la Universidad, lejos del estudiante, el tipo clásico de nuestra casa de huéspedes, donde toda vulgaridad tiene su asiento y donde toda mezquindad y lo que es peor, tristeza y hastío de vivir, han hecho su habitación.

MARIA LUISA DORADO

Navacarros, julio.

Toda la correspondencia al

Apartado 51.

La Universidad española.

ES una cosa vacía y hay que llenarla de ideas, dijo Ganivet, y hemos de repetir cotidianamente los que tenemos incorporada a ella nuestra vida; los que a todas horas presentamos el espectáculo de su miseria; los que anualmente vemos salir de sus aulas una juventud tan vacía como sus bibliotecas y laboratorios, como sus sedicentes maestros, como el ambiente que forma en su derredor un pueblo, causa y efecto a la vez de tanta vaciedad.

Pero la Universidad no sólo está vacía, cual odre sana dispuesta a recibir el fruto de la cosecha, sino que está llena de vacío (como ha dicho alguien, que es nada menos que todo un hombre), de la cabeza de un personaje de nuestros tiempos que pasará a la Historia aumentando la lista de las desdichas nacionales. La Universidad española está, pues, llena de vacío y hay que desocuparla; limpiarla de carcoma y polilla, de moho y de podre que la llenan de vacío.

Y esta limpieza no podrá hacerse mientras esté sin resolver el problema político español. Nuestra enseñanza nacional se halla estancada en la ley de Moyano del año 57, ley que todavía no se ha desarrollado; es decir, que en realidad el estancamiento viene de más atrás; coincide con la iniciación del pleito político y sabido es que en España se han acabado hasta las iniciativas. Atortunadamente tenemos, pues, nuestra enseñanza estancada, que si hubiera sido puesta en marcha, sabe Dios dónde la hubieran llevado sus timoneles y los que inspiran a éstos.

Cuando ahora, para este artículo, me he planteado el problema de la Universidad española, y lo mismo da plantearlo desde cualquiera de sus Facultades, acude a mi memoria el recuerdo de pasadas y no lejanas luchas en el famoso asunto de las Clínicas de nuestra Facultad de Medicina. En aquélla cuestión, todavía, aunque latente, viva, nos enfrentamos con privilegios, indignos no ya de respeto, sino de ser oídos siquiera, ahondamos en miserias e ignominias sociales y merced a ella puedo ostentar yo, en mi hoja de servicios de hombre civil, el honroso galardón de un proceso y otras persecuciones por la justicia, que han sido y serán poderoso estimulante de mi actividad.

De aquel pleito casero y familiar y de sus curiosas incidencias, que en este país de las farsas llegaron a tomar carácter de episodios nacionales y a manchar con la falacia labios que proverbialmente no deben prometer en vano nunca (bien es verdad que más tarde fueron perjuros en más grave cuestión), deduje yo la considera-

ción de que nada bueno puede esperar la enseñanza de un Poder que tales vacilaciones y cobardías tuvo, tal ignorancia demostró y tales engaños puso en juego en aquél asunto ¡y así en todos los de Instrucción Pública! Un Poder incapaz, no ya para resolver, ni aun para comprender el problema universitario.

Nada debe esperarse en el pleito de la Universidad mientras no sean sustituidos convenientemente los oídos, cuya misión es escuchar y atender los anhelos y las ansias de los pueblos, por otros oídos que comprendan el lenguaje de la inteligencia, de la cultura y del trabajo sin que les suene a cosa nefanda y condenable en su jurisdicción; sin que lo castiguen, con pena corporal, si pueden, por lo menos, con la burla y el desdén.

La actuación valiente de la juventud escolar sana, conseguirá la redención de la Universidad española. Pero no ha de ser sólo por su labor universitaria de depuración del profesorado, de renovación total del ideario escolar, de ventilación y de higiene de la enseñanza; ha de ser fuera de los claustros, en la vida ciudadana de la calle.

Indudablemente, nuestra única esperanza está en todos aquéllos elementos capaces de obrar en el porvenir, que el pasado nada bueno nos promete; pero esta discontinuidad en la historia sólo puede lograrse mediante una conmoción social, que como en la historia geológica los cataclismos, cambie la faz de la tierra y dé comienzo a una nueva época.

Este programa tiene todavía muchos y poderosos enemigos. Esperemos que, confabulados en el común instinto de conservación, traten de malograrlo: el profesor que esconde su incapacidad en el silencio y el reposo de los claustros; el padre de familia, fruto de la común necedad y vaciedad ambientes, que sólo aparece ante el problema de la enseñanza cuando en los exámenes busca el aprobado o la nota, siempre dispuesto a la coacción y al soborno; la gente «bien», conjunto de la aristocracia imbecil y de la mesocracia servil, fomentadores del señoritismo insustancial de ambos sexos, del flamenquismo, del deportismo *estratégico* y de tantas otras cosas que dan por resultado ese odio, mezcla de miedo y envidia a la inteligencia y a sus profesionales, tan extendido entre nuestros coterráneos; y por fin el Poder, cerrado a toda renovación, sin otras normas de buen gobierno que no herir intereses, no abolir privilegios, no alterar el orden.

Si la Universidad española ha de salvarse, preciso es que todos los que de la redención universitaria tienen la debida idea, que no es conseguir mejoras materiales en sus laboratorios y museos, en sus enseñanzas y bibliotecas, ni conseguir subvenciones y prebendas, sino algo más hondo y esencial, se lancen fuera de la Universidad a la conquista de su ideal y dentro de ella trabajen para impedir la peor de las corrupciones de nuestra juventud, la de su inteligencia,

ese divino destello, *lux mundi*, por cuyo resplandor tan sólo saldrá el mundo de las tinieblas, como predicó el Maestro de los maestros.

CASTO PRIETO CARRASCO

Este número ha sido pasado por la censura

Los estudiantes chilenos.

HA pasado unas horas en Salamanca una interesante persona, muy significada en el movimiento estudiantil y social de Chile: el señor Galileo Urzúa, delegado de los obreros en la Conferencia Internacional del Trabajo de Ginebra, y periodista. Sabíamos algo de la fecunda agitación de los estudiantes chilenos y a él acudimos para que nos informase de sus luchas y de sus aspiraciones.

El señor Urzúa, hombre modesto y muy afable, nos refirió en una larga charla, mientras recorríamos las gustosas estaciones del arte salmantino, entre piedra y piedra, la historia más reciente de la estudiantina chilena y los episodios más salientes de su intervención en la vida social y política del país.

Chile es, como se sabe—y nuestro huésped insistía constantemente en este dato—la segunda nación de la América latina en potencialidad de población y de vida intelectual, aunque su relieve aparezca un poco velado para nosotros y para el mundo tras el más vigoroso de la república Argentina.

Con la terminación de la guerra y la sacudida universal de la gran revolución rusa, cuya influencia refleja fué grandiosa en todo el continente sud-americano, germinó en la juventud de Chile el espíritu de rebeldía y de potente subversión contra las oligarquías dominantes: el clero, herencia colonial, la plutocracia de la ciudad y de la tierra, las pandillas políticas gremiales, la burocracia cuartelaria; en fin, el panorama oligárquico de siempre, afincado por un estancamiento de siglos.

El 18, el año de la memorable Reforma universitaria argentina, fué también el año en que se inició el movimiento de rebelión frente a este pasado. Y aquí, como en tantas otras partes, fueron los estudiantes quienes removieron el espíritu de levantamiento y le dieron las fuerzas de vanguardia. Para ellos, la lucha contra los viejos poderes era, a la vez, la batalla contra la Universidad enfeudada a los Gobiernos por el alma de lacayos de sus profesores. Y con visión cierta comprendieron que, para imponer la reforma universitaria necesitaban antes lograr un régimen

político de libertad y de justicia que les ofreciese el ambiente propicio dentro del cual hubieran de desenvolverse, con cierta eficacia, sus luchas profesionales. Por eso antepusieron a este combate interior los postulados nacionales de un cambio político y social.

En el proceso de descomposición del país, sólo quedaban dos elementos sanos: la juventud y el pueblo. Y la juventud intelectual supo sentir apasionadamente su misión histórica de aquella hora y salió de las aulas a buscar, en las calles, en los talleres, en el campo, a las masas populares, campesinas y obreras y a realizar el ideal de una fusión de espíritu y de energías, para una acción común inmediata. Se inició así una era de tenaz apostolado estudiantil; y las voces de los estudiantes agitadores se perdían al principio en la atonía general, hasta que, poco a poco, fueron cundiendo en un movimiento cada vez más vasto y de más intensa cohesión.

De esta labor de propaganda, de conquista de la opinión popular, en la que destacaron los nombres de Labarria, Juan Gandulto y Pedro León Ugalde, salió como un formidable instrumento forjado para la lucha, la «Unión de Obreros y Estudiantes».

En ella se fundieron todas, absolutamente todas las agrupaciones estudiantiles y todas las corrientes sociales obreras, también sin excepción. Eran aquéllos, momentos críticos de hambre y de miseria para el pueblo chileno y la Unión dirigió sus miras primordialmente a la solución de problemas materiales inmediatos. Esta preocupación se tradujo en su nombre de «Asamblea de Alimentación Nacional». Pero tras estas exigencias de momento, latía la aspiración cardinal a encauzar la vida política y espiritual del país.

En estas luchas, estudiantes y obreros hubieron de afrontar virilmente cárceles, deportaciones, persecuciones y tropelías de todo linaje, allanamientos y asaltos vandálicos de sus edificios sociales, ejecutados en la impunidad por las hordas reaccionarias. Esta época heroica de persecuciones encarna en el martirio del poeta Rojas, vocero de la nueva generación chilena.

a quien la muerte en la cárcel dió realce glorioso de leyenda y simbolismo.

Al sobrevenir la contienda de la elección presidencial, en que se enfrentaron las dos corrientes históricas de lo ancestral y lo progresivo y al triunfar—momentáneamente—con Alessandri los principios democráticos del liberalismo y las tendencias obreristas, el movimiento obrero-estudiantil cedió en su virulencia. Las dos fuerzas se desarticularon y la juventud intelectual se replegó al campo interno de sus luchas universitarias.

Pero el triunfo del liberalismo, con la victoria presidencial, fué muy efímero. Todo lo viejo se retrepó en el Senado, hizo de ésta Cámara su baluarte y desde aquí obstruyó incesantemente, durante tres años y medio, la labor de Alessandri, hasta que sobrevino la cuartelada de Altamirano y la tiranía militar que desterró al Presidente y desarticuló toda la organización democrática del Estado.

Y ante el golpe de mano, que realmente representaba la vuelta a lo antiguo y la exaltación de lo antiguo, fueron nuevamente los estudiantes—esta vez hermanados ya con algunos profesores que aún ponían su espíritu de noble magisterio por sobre la abyección de la casta universitaria—los

que dieron el primero y más vibrante grito de repulsa contra el despotismo pretoriano, que fué al iniciación de una campaña constante de lucha frente a la dictadura. Ellos fueron los que levantaron como bandera la vuelta y reposición del Presidente desterrado, que acabó por imponer, como término de la tiranía, la joven oficialidad del Ejército, ganada para su causa por la juventud estudiantil.

Las armas cedieron otra vez más al espíritu. Y ya restablecida, con ciertas garantías de estabilidad, la era de reconstrucción democrática del Estado (con sabor acaso un tanto añejo) y en vísperas de una honda revisión constitucional, los estudiantes, retirados de nuevo a sus lares se disponen a luchar vigorosamente por la reforma universitaria hasta hacer de las Universidades verdaderos centros de acción social fecunda y removedora.

Por mediación de su significado representante, EL ESTUDIANTE se complace en enviar un fervoroso saludo de fraternidad a los estudiantes y a la juventud intelectual de Chile, cuya labor admirable seguiremos con vivo interés desde estas páginas.

L. R.

ESTE NUMERO HA SIDO PASADO POR LA CENSURA



Por una parte como un deber su laboración en la República.

— Que se me usó una pensión?

— Me la temo.

— Pues hay que irse.

El gachupín simula una inspiración repentina, con pal-

mada en la frente paranoica.

(Continúa)

TIRANO BANDERAS
EL - JUEGUITO - DE
LA RANA
NOVELA - INEDITA
POR
DON - RAMON - DEL - VALLE
INCLAN

... Amigo Don Teles, a su bien tajada peñola le corresponde redactar un documento que, con las firmas de los españoles preeminentes, sirva para ilustrar al Gobierno de la Madre Patria. La Colonia debe señalar una orientación, hacerle saber a los estadistas distraídos que el ideario revolucionario es el peligro amarillo en América. La Revolución, representa la ruina de los estancieros españoles: Que lo sepan allá, que se capaciten. ¡Es muy grave el momento, Don Teles! Por rumores que me llegaron, tengo noticia de cierta actuación que proyecta el Cuerpo Diplomático. Los rumores son de una protesta por las ejecuciones de Zamalpoa. ¿Sabe usted si esa protesta piensa suscribirla el Ministro de España?

Al rico gachupín se le enrojeció la calva.

— ¡Sería una bofetada a la Colonia!

— ¿Y el Ministro de España, considera usted que sea sujeto para esas bofetadas?

— Es hombre apático... Hace lo que le cuesta menos trabajo. Hombre poco claro.

— ¿No hace negocios?

Hace deudas que no paga. ¿Quiere usted mayor negocio? Mira como un destierro su radicación en la República.

— ¿Que se teme usted una pendejada?

— Me la temo.

— Pues hay que evitarla.

El gachupín simuló una inspiración repentina, con palmada en la frente panzona:

— La Colonia actuar sobre el Ministro. Don Santos con una sonrisa su verde máscara indiana.

— Eso se meter el tejo por la boca de la ranita. Convenció a los españoles con un discurso violento. Los españoles aquí radicados, intereses contrarios a las utopías de la Diplomacia, todas esas lucubraciones del desconocimiento de las realidades americanas, para la política de estos países, telequía con tres cabezas: El criollo, el indio, el negro. Tres Humanidades, Otra política, por los climas, es pura macana. El gachupín, barba pomposo, le tendió la mano:

— ¡Mi admiración muchándole!

— No se dilate, Don Teles. Quiere decirse que se remite para mañana la invitación. ¿A usted no le complace el juego de la rami medicina para esparcir el ánimo... mi juego de rami, y lo practico todas las tardes. Muy saludable como otros juegos.

El ricacho se arreboló.

— ¡Asombroso cómo de gustos parejos!

— Don Teles, hasta mañana.

Interrogó el gachupín.

— ¿Lueguito será?

Movió la cabeza.

Si antes puede ser, no duermo.

Encomió Don Teles.

— ¡Maestro de escuela dicen en nuestro Diario!

El Tirano le desbaratada la voz en una cucaña de gallo.

calino silencio. Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana, tenía siempre el prestigio de un pájaro nocharniago. Desde aquella altura figaba la campa donde seguían manobrando algunos pelotones de indios, armados con fusiles antiguos. La ciudad se encendía de reflejos sobre la marina esmeralda. La brisa era fragante, plene de azahares y tamarindos. En el cielo remoto y desierto, subían globos de verbena con cauda de luces. Santa Fé celebraba sus ferias otoñales, tradición que venia del tiempo de los virreyes españoles. Por la conga del convento, saltarín y liviano, con morisquetas de lechuguino, rodaba el quitrí de Don Teles. La Ciudad de Santa Fé, pueril ajedrezado de blancas y rosadas azoteas, tenía una luminosa palpitación, acastillada en la curva del Puerto. La marina era llena de cabrilleos, y en la desolación azul, toda azul, de la tarde, encendían su roja llamarada las cornetas de los cuarteles. El quitrí del gachupín, saltaba como una araña negra, en el final solanero de la Cuesta. Tirano Banderas, agaritó en la ventana, inmóvil y distante, acrecentaba su prestigio de pájaro sagrado. La Cuesta flotaba en la luminosidad del marino poniente, y un ciego criado de viruelas, rasgaba el guitarrillo al pie de los nopales, que proyectaban sus brazos como candelabros de Jerusalem. La voz del ciego desgarraba el calino silencio:

— Era Diego Pernaes
De noble generación,
Pero las obligaciones
De su sangre, no siguió.



El canto, acompañado de un guitarrín, desgarraba el

(Continuará).

LOS POETAS

HOGAR

**A Rafael Giménez Siles, mi amigo,
go, creador de tantos y tantos
versos, libérrimos.**

*Un árbol, el más viejo del jardín, se ha tronchado.
Pero el hogar ofrece su intimidad doliente,
y la noble cabeza de la tarde, inclinada,
deshoja, en los cristales, su penacho de invierno.
Miles irisaciones del corazón se alejan
con la brisa, esparcidas; y circuyen el alma,
como un cendal brumoso, familiares visiones
La vida, en este instante, abre su flor y esprime
un vino denso, recio, a un tiempo amargo y dulce,
que ha elegido su copa.—Cuenco del alma, acepta—.
En el hogar, tan íntimo ¡qué profundo el ocaso,
presintiendo la niebla de la noche, en la herida!*

ESTEBAN SALAZAR Y CHAPELA



Saludo de la Nueva Generación Cubana a la Nueva Generación Española.

EL azar puso en mis manos EL ESTU-
DIANTE de Salamanca. Con religiosa
emoción leí, una y otra vez, sus páginas. Los
amigos de espíritu libre también gozaron de
la lectura y comprensión del divino ideal que
predican esas hojas: la redención de la clase
escolar y de la sociedad toda por el esfuerzo
de esta clase.

Con no menor emoción a la de Rodrigo
de Triana cuando dió el grito de ¡TIERRA! fren-
te a Guanahani, nosotros repetíamos el grito
optimista de Arquímedes: *EUREKA!* Ya en-
contramos lo que presentíamos, lo que históri-
camente tenía que existir. No hay fronteras
entre naciones, las hay entre generaciones.
España y América no están separadas por el
mar. El espíritu de la Nueva Generación,
desde Córdoba, en la Argentina, hasta la
«irreverente» Salamanca de hoy, es uno solo,
forma una gran patria ideológica. La frontera
nace allá, al otro lado de los bancos escolares,
en las cátedras, en los asientos del parasitismo
oficial de las academias anquilosadas, y atra-
viesa el mar, y divide a las patrias de este con-
tinente en dos países distintos y antagónicos.

Hermanos de lucha y de ideal: ánimo y
adelante! Somos los mismos. Nada nos separa.
Vuestras inquietudes son las nuestras, vuestras
rebeldías también son las de nosotros. El Espí-
ritu de ayer es nuestro comun tirano. Debe-

mos destruirlo, y ser dignos de la hora actual,
y de la fé que los pueblos tienen en la actual
generación universitaria de Hispano-América.

Los exámenes para nosotros son también
«la supervivencia de las hogueras inquisito-
riales.» Aquí oímos algunas veces el grito de
«Venite ad me» de los esclavos del siglo XX,
y algunos no son sordos a la reclamación
justiciera. Varios de nuestros Maestros nos
hablan como Palacios, el Argentino de alma
universal. En nuestro Paraninfo la voz de
«grandes sacerdotes que parecen monaguillos»
han dicho palabras similares a las que en
«Gaudeamus!» se escriben en el segundo nú-
mero de la revista.

No será, compañeros, la última vez que os
hable en nombre del espíritu de la Nueva Ge-
neración de Cuba. La juventud que aun lee a
Martí, y que se nutre de Ingenieros y de Vas-
concelos, y de todos los grandes de la Amé-
rica, no puede estar alejada de los discipulos
de Unamuno, de Ortega y Gasset...

Que estas primeras líneas sean cadenas de
amor y de ideal que nos unan para siempre en
el común anhelo de la redención del espíritu,
es el fervoroso deseo de vuestro correspon-
sal en La Habana.

JULIO ANTONIO MELLA

Ex-Presidente de la Federación de Estudiantes de la
Universidad de La Habana.



El último estudiante.

OTRA vez nuestra forzada voluntad ha de tornar al comentario del eterno tema, y no por una personal obsesión, sino por una reclamación del deber. Y nuevamente nuestros comentarios en torno a los exámenes, son para deshacer un error, para desvirtuar una opinión vertida en las columnas de la prensa, que vibró un día en el ambiente, pero que en ese tiempo pudo herir muchas sensibilidades, penetrar en muchas conciencias, conquistar, quizás, algún adepto.

* * *

En los días del mes de junio, hurtado a la belleza de la primavera por la dictadura trágica y burlesca de los exámenes, como una réplica a la situación, o más bien como una consecuencia de ella, unos estudiantes madrileños atentaron contra sus vidas.

Uno de ellos murió en el acto. El otro ha fallecido días después, trayéndonos con la noticia de su fin una nueva remembranza del hecho.

Entre el capítulo (aquéllos días copioso) de suicidios, destacaban éstos, más que por la juventud de sus protagonistas, por el hecho origen, más absurdo y menos disculpable que un fracaso amoroso (con su aureola sentimental) o una escasez de recursos (con las tristes sombras del abandono y la miseria).

Dejamos pasar aquéllos días en respeto a los pobres muchachos. No nos preocupamos de averiguar detalles de su filiación y de sus vidas. Queríamos, precisamente, que se borrara hasta el recuerdo de sus nombres y quedara friamente el hecho: unos estudiantes que se suicidan porque han sido reprobados en los exámenes.

Si guardamos silencio ante las glosas sentimentales y los párrafos líricos que la prensa ha vertido en torno a este tema, no podemos contenernos ante la manifiesta inconsciencia de unos comentarios del diario «Informaciones» incluidos en una sección permanente de actualidades y firmados con pseudónimo.

«Con este suicidio—se dice allí—ha muerto el último estudiante en el verdadero sentido de esta palabra. Admirable psicología la de este adolescente, que ya tiene a la edad en que otros sólo piensan en gozar de la vida que alborea delicias para ellos, un concepto tal de la dignidad, del deber, de la propia estimación, que no tolera el bochorno de un fracaso». «Este desastre moral ha sido en todo tiempo causa de dramas por el estilo del que comentamos, sobre todo en la época feliz en que los estudiantes tenían a honra y gala el serlo».

Y termina así: «Un mal estudiante no se suicidará nunca. Por eso rezamos este responso de honor al que ayer se quitó la vida porque era

seguramente y a pesar de su suspenso, un buen estudiante... ¡quizá el «último» estudiantel!»

Yo quisiera compaginar mi protesta contra estos párrafos con el respeto a la memoria de ese y el otro estudiante. Aspiro a no investigar en su drama íntimo y a afirmar toda la nobleza de sus propósitos, toda su tragedia moral vívida y dolorosa.

Pero juzgando el hecho, no hemos de ver ni admirable psicología, ni admirable ejemplo. Todo lo contrario; significa este sucedido un camino opuesto al ideal que hemos de perseguir, una muchachada atropellada e inconsciente en que el culpable no fué el estudiante sino las influencias que sobre él pesaban, la situación a que se vió sometido, los falsos deberes que le impusieron.

Y así en la responsabilidad que a la sociedad toca en muchos suicidios, resalta aún más la de éstos. Culpable fué la sociedad que cercó la vida del estudiante de miedos y de obligaciones y de prejuicios en los que no había la más leve sombra de un ideal.

El estudiante en el verdadero sentido, el que ha de tener a gala y honra el serlo, el que nosotros queremos, no es éste.

Con la vieja Universidad de burocracia y personalismos, de ranciedades y de exámenes, han de desaparecer sus estudiantes genuínos y cuyos prototipos eran esos que en Madrid pusieron fin a sus vidas.

Coincidimos con el atrevido autor de ese artículo en el acierto del título, que nosotros recogemos para interpretarle de otro modo.

¡El último estudiante, sí! El sujeto a la esclavitud moral de los exámenes, el que los llamaba deber. El que sentía que su honor y su nombre y su prestigio podían vacilar ante un suspenso otorgado por un tribunal más o menos justiciero. El que vivía educado a la luz y el ideal de los claustros, a la disciplina de lo creado. El que no sabía emplear la verdadera energía, el verdadero valor moral, en erguirse luchador y rebelde ante el error y los absurdos. El convencido de que toda su cultura y su porvenir y su fe estaba dentro de una papeleta de examen.

Ese estudiante quisiéramos que hubiera desaparecido y frente a él surgiera este otro que precisamente por ser «bueno» no se suicida por unos exámenes.

«El último estudiante», ¡ojalá! El último de la vieja traza, de la vieja escuela, sin la consciencia de su personalidad, sin la fe en su ideal de renovación.

He aquí una nueva responsabilidad de los exámenes, su culpa y su tragedia, delito de la sociedad que los mantiene.

El de estos muchachos vencidos por el ambiente de falsedad, derrotados por la farsa, en los que acaso había muchas energías desaprovechadas, muchos entusiasmos desencauzados, muchas ilusiones deshechas.

Y con el grito tradicional que miraba a la vez

con respeto al pasado y con fe al porvenir, que hermanaba la vida y la muerte, que era saludo y despedida, digamos: el estudiante ha muerto; ¡viva el estudiante!

JOSE A.º G. SANTELICES

Valladolid, julio.

La juventud escolar de Rumanía.

Un saludo fraternal.

EL encuentro feliz que he tenido en Londres con un profesor de España; el regalo de su conversación, siempre inquieta y variada, en una lengua que me recuerda en todo instante la lengua de mi país, tan alejado de la península ibérica y tan próximo, en otro respecto, por la afinidad de carácter de sus habitantes y por el común parentesco de la latinidad, que persiste entre nosotros, a pesar de las influencias constantes de las lenguas vecinas, que no han logrado borrar la marca del sello romano («limba română» significa «lingua romana» y «teara romaneasca» quiere decir «terra romanescas»); éste encuentro, repito, en el país de las nieblas con un hijo de las tierras soleadas de España, me ha inspirado estas líneas demasiado pálidas, para expresar la admiración y el cariño que siento por España, sus cordiales y generosos habitantes, su lengua espléndida (tan fácil para los que hablamos rumano) su arte magnífico, su música moderna, llena de inspiración, predilecta en el gusto de los hermanos latinos de los Cárpatos.

Tengo que confesar, sin embargo, la tristeza que me produce que no sea suficientemente conocida la literatura española en Rumanía, a pesar de los espíritus selectos y aislados que se esfuerzan en su estudio. Mi compañero de estudios en la Universidad, el señor Popescu-Telega, ha traducido al rumano algunos volúmenes con páginas admirables de vuestra literatura, aparte de su libro sobre el gran pensador y poeta, don Miguel de Unamuno. Y el espíritu más insigne y representativo de nuestros días en Rumanía, el

profesor Nicolae Torga, ha escrito páginas comprensivas y calurosas sobre el excelso catedrático de Salamanca, que me parece constituye para España lo que él significa para nosotros. El filólogo, profesor Ovid Densuseanu ha sido el primero que explicó en la Universidad de Bucarest un curso sobre la literatura moderna de la lengua española y también de la América Hispánica; y yo mismo me congratulo, dentro de mi modestia, de haber traducido algunas páginas exquisitas de Rubén Darío, Chocano y otros poetas y escritores de lengua castellana.

Con la esperanza de que estas líneas sin importancia despierten un interés cordial entre nuestros lejanos países y sirvan de iniciativa para un acercamiento próximo entre la juventud española y la juventud rumana y de ensueño futuro para una alianza cultural de todos los países que hablan en lenguas de filiación latina (el sonoro italiano, el rotundo español, el francés flexible, el portugués armonioso y el claro rumano) yo envío, finalmente, a la juventud escolar de España, por medio de «El Estudiante», un saludo cariñoso en mi propia lengua:

Un cald salut amical fülör din frumoasa tarâ a Spaniei, din partea junimei din România.

¿No se entiende sin traducir?: «Un cálido saludo de amigo a los hijos de los bellos países de España, de parte de la juventud de Rumanía».

JON OLIMPIU STEFANOVICI

Londres, julio, 1925.

Este número ha sido pasado por la censura.

Los pagos, por Giro Postal, al Administrador, Veracruz 1.º, 26, izqda.~Salamanca.

GAVDEAMY!

Unos juegos florales tomistas

Entre la magnífica y vitalísima labor de juventud y de espíritu de esa cosa anodina que se ha adjudicado el nombre de "estudiantes católicos" (procesiones, capeas, carnavales de trajes talares, funcioncitas gazmoñas, aguinaldos y postulaciones), ocupan un distinguido lugar los juegos florales. Esta gran institución nacional, ya un poco en decadencia, ha venido a refrescar sus antiguas glorias con el concurso de los estudiantes Luises.

Todos los años, al llegar la fiesta de Santo Tomás que ellos y sus «Padres» instituyeron como "Día del Estudiante... católico" por manos de su procurador general el Sr. Silió, de tan feliz recuerdo, sale a relucir aquí o allá, alguno de esos certámenes que son lonja de ingenios y feria de musas. Ayer fué Salamanca, hoy es Valladolid, mañana será Granada o Valencia o Santiago... Pero el de este año en Valladolid ha ganado en resonancia a todos los habidos.

Los buenos Luises vallisoletanos, organizaron sus juegos florales, con arreglo a la consabida receta, y llevaron para mantenerlos al gran pontífice de la Clerencia literaria madrileña que se llama "El Debate". Pero no se crea que fué la presencia de este caballero cruzado la gran atracción de la fiesta. ¡Cál! Lo bueno vino después; fué el resplandor de aquellos esplendores. Y fué que un excelente poeta catalán, sin sospecharlo siquiera, sin tener de ello la menor malicia, se alzó con la codiciada "flor natural" (suponemos que sería una lila) de los juegos florales tomistas de Valladolid. ¿Qué como? ¡Ah, misterios de la poesía!

Un señor Barahona, tan modesto y pudoroso que no compareció en el estrado (acaso por no ofuscar con su gentil continente el claro criterio de los jueces) presentó un hermoso poema titulado "El soñar de la vida". ¿Muy bonito el título, verdad? ¡Ah, pero mucho más bonito el poema! ¡Mucho más bonito! No cabía duda. Aquel era el huerto poético en que había de florecer la "flor natural". Desgraciadamente, la "encantadora reina de la fiesta" solo metafóricamente pudo espetarla en el ojal del chaquet del "inspirado vate". El señor Barahona, modesto siempre, siempre pudoroso, se contentó con enviar un retrato de su vera efigie, de calañés y chaquetilla corta, a la torera. ¡Olé tu madre! En el inspirado vate había triunfado la raza, la tierra bendita, el cielo azul, "los vinos nacionales"... ¡La apoteosis de la patria al Gran Preboste!

¡Pero, qué reveses y sorpresas trae la vida!

¡Ahora resulta que aquel señor tan castizo y tan juncal de chaquetilla y cordobés es el disfráz nada menos que de un catalanote antipático, de esos que les hacen tan poca gracia a los jovencitos Luises. Y el jurado y la reina y su corte de Amor y los Padres y los hijos espirituales con el honorable concurso de gentes distinguidas, se llevan las manos a la cabeza al ver saltar al agua el pato incubado bajo el calañés del andaluz.

«La Veu de Catalunya», que cuenta regocijada el fiasco, como perversa que es, dice que, sospechando algunos de los que componían el Jurado que la poesía premiada fuese de Campoamor (¡es olfato!), «repasa on sus obras, sin poder confirmar la sospecha». Pero, «al ser leído el poema públicamente, un oyente creyó recordar aquéllos versos y encontró enseguida el original» que era el poema «Encantos y desencantos», publicado en 1895 por su verdadero autor el poeta catalán Magí Morera y Galicia, conocido traductor de Shakespeare a su lengua nativa.

Y añade el malévolo periódico: «Nuestro ilustre amigo se ha enterado de este triunfo, que podríamos llamar póstumo, de su musa castellana, con una verdadera satisfacción. Nos ha confesado que le hacía cierta gracia el hecho de que sus versos castellanos de hace treinta años no hayan encanecido...»

Sentimos mucho defraudar al poeta. Pero tenemos que decir, por scolio de esas palabras, que sus versos han encanecido lo bastante para merecer la flor natural en un certamen tomista... disfrados con chaquetilla y cordobés.

Del día.

El orador palmipedo, señalando al ilustre convaleciente:

... «Hasta este hombre, que está en los últimos momentos de su vida...»

Hay un gran revuelo de toses y risas. El orador palmipedo advierte el resbalón y vuelve atrás para hacer pié:

«...Hasta este hombre, que aunque está en los últimos días de su vida, aún vivirá mucho tiempo...»

Guía profesional

MEDICOS

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones vías urinarias. Corrales, 10, 2.º

DOCTOR PRIMO GARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina. Sánchez Ruano, 22.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico. San Justo, 10.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rúa, 25.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Canalejas 7

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugía general. Doctor Riesco, 36.

DOCTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.— medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clínicos. Plaza de la Libertad, 9.

DOCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad. consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITE VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juan de Sahagún.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecología. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. PÉREZ-LUCAS.—OCULITA. Consulta de diez a una. Doctor Riesco, num. 80, principal.

señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 12.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS.—Sánchez Barbero, 19.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal. número, 27.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.



